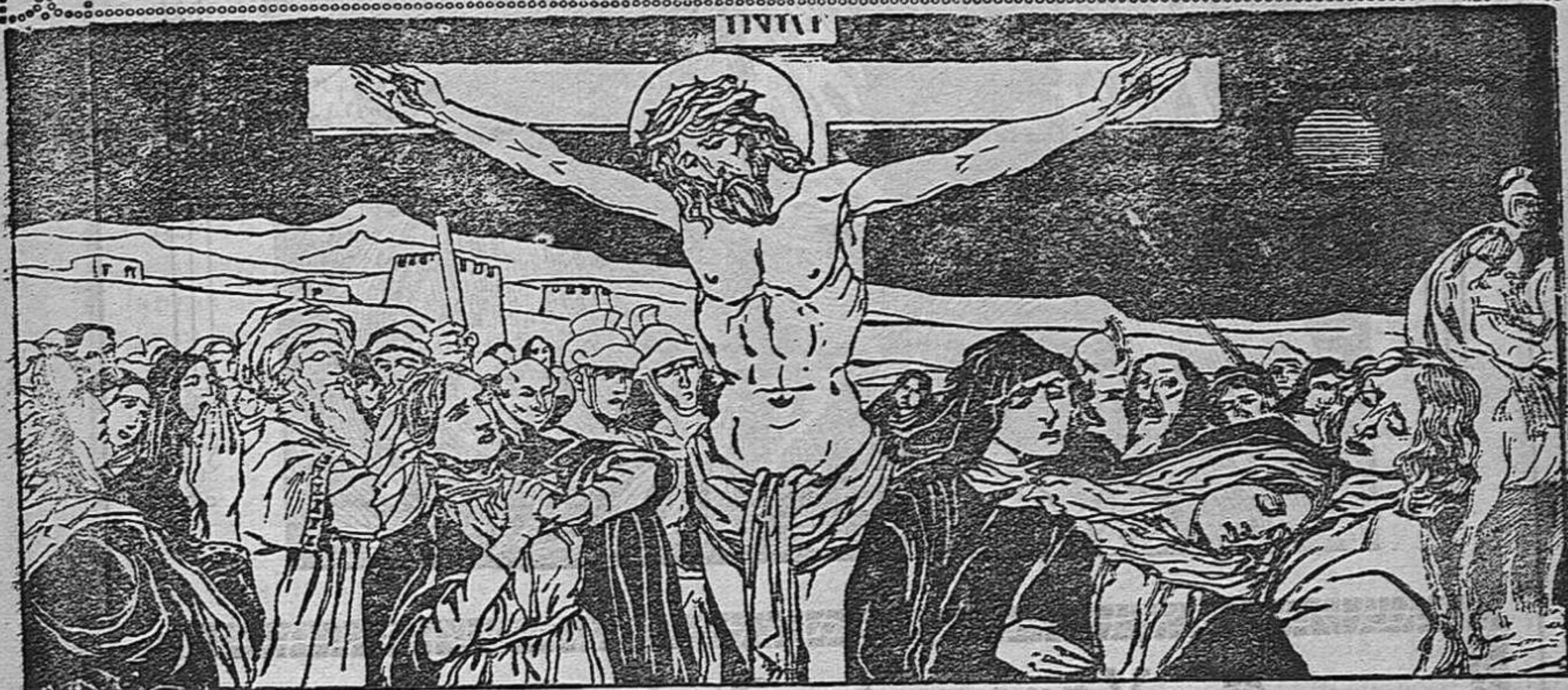


# ECOS



**M**UERE, en el Gólgota, Jesús, y el eco de su voz, en la agonía, nos trae palabras de amor y de perdón:

*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*—dice abogando por sus verdugos.

*Hoy serás conmigo en el Paraíso*—responde al que con fé le pide amparo.

*Mujer vé ahí a tu hijo. Vé ahí a tu Madre:*—Y nos da cuanto puede darnos como hombre, a su Madre, el único tesoro que posee.

Han pasado veinte siglos, y el hombre de hoy, como el de entonces, crucifica al Redentor una y mil veces; y cuando le dice *tengo sed* solo *vinagre y hiel* lleva a sus labios, negándole las almas que le pide y que son suyas.

La ola de impiedad crece y se extiende; y niega a Dios por quedar más libre. Olvida la cruz en que Cristo redimió al mundo y en loco frenesí arrolla cuanto existe...

El hombre, sordo y ciego, ni oye ni ve a Cristo que le llama y le enseña el camino que salvarle puede...

Los de ahora como entonces *no saben lo que hacen*; perdónalos Padre y haz que en todos se avive la fé y que el amor hacia Vos sea la salvación de la humanidad loca y descarriada





## ■ Varón de Dolores ■

La muerte del Divino Testador había de dar valor y eficacia a la soberana voluntad del mismo solemnemente declarada en momentos de sublime grandeza.

Se trataba de libertar a la humanidad del yugo vergonzoso del pecado; y el decreto de libertad había de estar sellado con la sangre del Cordero. Este sacrificio y su eficacia libertadora anunciado estaba en aquellas instrucciones dadas por Dios a los hijos de Israel, para que se librasen del exterminio de sus primogénitos, en Egipto: «Y la sangre os será por señal en las casas donde habitareis; y veré la sangre y pasaré más allá de vosotros; ni habrá en vosotros la plaga destructora, cuando hiriere a la tierra de Egipto.» Así la sangre del Cordero es signo de redención universal que nos libra de la muerte, para sacarnos del cautiverio y llevarnos a una tierra

abundosa que mana leche y miel.

Cierto es que un solo acto de adoración de Jesús hubiera bastado para redimir al hombre; pero se ofreció a la muerte, porque quiso, luego de tomar para sí el carácter de varón de dolores. No solamente quiso morir el Salvador, y con muerte de cruz, sino que, como nos hace notar Tertuliano, quiso antes saciarse del placer de sufrir: *Sacnari voluptate patientiæ diseesurus volebat*. Las tribulaciones, los tormentos, el dolor, estas eran las delicias de su amantísimo Corazón; y estas son las arras valiosas de sus desposorios con la Iglesia que brotó de su costado abierto con la lanza de la iniquidad.

¿Qué quiere decir todo esto sino que las tribulaciones, las afrentas, el dolor, han de ser el patrimonio terreno de cuantos nos gloriamos con el nombre de cristianos?

Si unimos a esto el hecho de que sea la cruz la enseña gloriosa de todos los voluntarios de Cristo, ya comprenderemos que somos los hijos del dolor, y que nuestra milicia ha de ser trabajosa y difícil, si hemos de llegar al fin superior a nuestra naturaleza a que somos destinados.

Yo no puedo ignorar que nuestra naturaleza resiste al dolor y que hasta los cristianos más fervorosos se aterroran, ante la consideración del cáliz de las tribulaciones que nos amenazan.

El Padre Granada dijo una gran verdad en aquellas hermosísimas palabras del cap. XI de su libro *El desprecio del mundo y la imitación de Cristo*: «Jesu Cristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial; mas muy poquitos que lleven su cruz. Tiene muchos que desean la consolación, y muy pocos que quieran la tribulación... Muchos siguen a Jesús hasta el partir del pan; mas pocos a beber el cáliz de su pasión.» Pero ello es que el placer de sufrir que fué en nuestro Divino Maestro una lección que daba al mundo es en nosotros una necesidad impres indible.

El hombre, en estado de inocencia, estaba libre de las invasiones de la tribulación y del dolor; pero sobrevino el desequilibrio resultante de la primera culpa, la huella execrable del pecado que cristalizó en la rebeldía del espíritu contra Dios y de las partes inferiores de nuestra naturaleza contra las superiores, y de aquí nace el grito de la soberbia contra el gobierno de

Dios y la terrible ley de los miembros que contradice a la ley del espíritu.

Para restablecer el primitivo equilibrio y volver al hombre al estado sobrenatural que le nivela con su destino inmortal fué precisa la inmolación de la Hostia Divina de cuyo costado abierto brota el manantial inagotable de la gracia que beben afanosas nuestras sedientas almas, para aplicar a nuestras obras el mérito sobrenatural de la redención, los sacramentos instituidos por el Salvador.

Pero el hombre ha quedado, después de la culpa, en condiciones semejantes a las de la tierra maldici- da que, por sí sola, no produce más que espinas y abrojos. Observad como el buen labrador prepara la tierra, para que produzca abundante cosecha. Hierde despiadadamente su dura corteza con el azadón; tritura después, a golpe de mazo, los bloques arrancados con el hierro; y aún luego abre surcos profundos con el arado, para arrojar la semilla sobre la tierra triturada. Así h'ay que trabajar el corazón del hombre



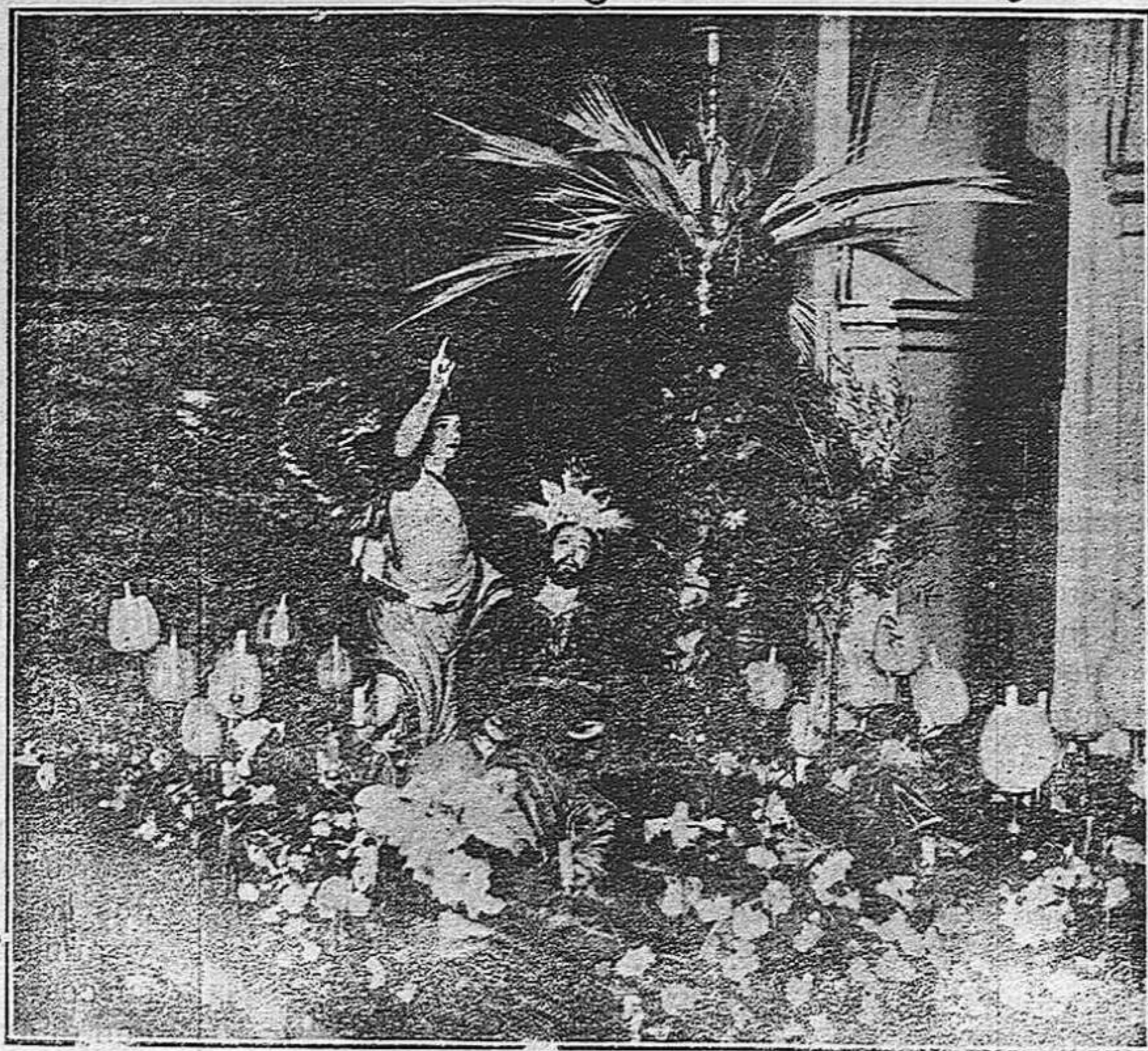
que, por sí solo, únicamente produce los cardos espinosos del pecado. Herido con el azadón de las tribulaciones; triturado, a golpe de mazo, por el dolor; abiertos los profundos surcos, con el arado de la humildad, estará bien preparado, para recibir la semilla de las divinas inspiraciones que producirán abundante cosecha de buenas obras. si frecuentemente las regamos con las lágrimas de la penitencia.

Conforme con esta doctrina, exclama el gran Bossuet «¡Y bien, cristianos! ¿No os parece escrita la ley de los sufrimientos en caracteres bastante visibles? Poned, poned los ojos en Jesu-Cristo, autor y consumidor de nuestra fe, durante estos dias saludables consagrados a la memoria de su pasión; miradle en los sufrimientos. Cristianos; de esas heridas habeis nacido vosotros. Jesús os ha hecho nacer a la vida

nueva, entre los inmensos dolores; y la gracia que os santifica y el espiritu que os regenera ha corrido sobre vosotros con la sangre de sus venas cruelmente desgarrador. ¡Hijos de sangre, hijos de dolor; qué, ¿pensais salvaros en medio de las delicias?»

¡Qué admirable es la ciencia del dolor que enseña el Salvador, desde la cátedra de la cruz!

AGUSTIN CAVERO.



*Jueves Santo*

¿Qué pasa, madre, qué ocurre  
 ¿qué ocurre, madre, qué pasa,  
 que no cantan ya los mozos  
 ni resuenan sus guitarras,  
 ni entonan las coplas esas  
 que salen de sus gargantas?  
 ¿Que es hoy que el cielo está triste?  
 ¿Qué es hoy, que está triste el alma?  
 ¿Qué es hoy que todo es silencio?  
 ¿Qué es hoy que todo es desgracia?

Yo no sé lo que sucede;  
 pero en la cárcel la guardia  
 no lleva el fusil al hombro,  
 lo lleva a la funerala;  
 y las gentes hablan bajo,  
 y los presos ya no cantan,  
 Yo mismo no sé que tengo;  
 no me ha pasado a mi nada,  
 y sin embargo estoy triste,  
 muy triste madre del alma.

Quiero cantar y no puedo,  
no me sale la voz clara;  
quiero reír mas tampoco  
resuena mi carcajada.

Madre, aquí sucede algo,  
aquí ocurre una desgracia  
que yo no se, y eso quiero  
saberla para llorarla.

El chiquitín apenado,  
que un pequeño era el que hablaba,  
asi a su madre decía  
cogido fuerte a sus faldas.

Y su madre, santa madre,  
que escuchábale con ansia,  
díjole con voz muy queda:  
—¡Dios ha muerto! ¡Reza y calla!—  
y cogiendo entre sus manos  
su cabecita rizada,  
con lágrimas en los ojos  
estampó un beso en su cara.

\* \* \*

Al poco rato, el chiquillo  
encontró a otro camarada,  
y como él hizo a su madre,  
el otro a él le preguntara,  
que por qué todo era triste,  
que por qué muchos lloraban,

que por qué ya no se oía  
el clamor de las campanas,  
que por qué todo era duelo,  
que por qué los de la guardia  
no iban con el arma al hombro  
que por qué ya no escuchaban  
las canciones de los presos  
ni el sonar de las guitarras.

Y muy formal el chiquillo,  
con la voz entrecortada  
por la emoción que en su espíritu  
produjeron las palabras  
de su madre, dijo al punto:

—Oye bien al que te habla;—  
y quitándose la gorra  
contestó a su camarada:  
—Porque Dios ha muerto ¿sabes?  
el que todo lo creara.  
El padre del mundo entero.  
Llora por Él reza y calla.  
Y anda y corre a que tu madre  
estampe un beso en tu cara,  
que el que me ha dado la mia  
lo llevo dentro del alma.

ENRIQUE CASAL (*León Boyd*)

Madrid.







Figuran en él 19 alumbrantes que van ataviados con *vestas* color granate.

«La Cena».—Escultura de D. José Pérez, hechas en Valencia el año 1851.

Preceden a dicho *paso* 65 alumbrantes con *vestas* color azul, y está encargado del adorno de aquél, la Cámara de Comercio.

«La oración en el huerto».—Las esculturas son de Baglieto y está encargado de adornar dicho *paso*, D. Julián Botella.

Figuran 49 alumbrantes con *vestas* de color encarnado.

«La negación de San Pedro».—Esculturas de autor desconocido y de fecha antiquísima.

Dicho *paso* carece de camarero, precediéndole 19 alumbrantes, ataviados con *vestas* color encarnado.

«Jesús atado a la columna».—La imagen de Jesús es del escultor valenciano D. José Puchol y las estatuas de los verdugos, del citado Baglieto.

Doña Dolores Amezua, viuda de Bonafós está encargada del adorno de dicho *paso* al qua preceden 19 alumbrantes con *vestas* color café.

«La Verónica».—Efigie que se compró el año 1735 y que posteriormente fué reformada por Baglieto.

Carece de camarero dicho *paso* y figuran delante de él 19 alumbrantes con *vestas* color verde.

«La Dolorosa y San Juan Bautista».—Esculturas originales de Baglieto construidas en el año 1841.

Doña Dolores Paredes, viuda de D. Antonio Cánovas es la encargada del adorno de dicho *paso*, al que preceden 19 alumbrantes con *vestas* color verde.

«La agonía».—Escultura de D. Francisco Salello.

Del adorno de dicho *paso* está encargada la Excm. Sra. Condesa de Cheles.

Forman delante de él 49 alumbrantes con *vestas* color violáceo.

«El Descendimiento».—Escultura del valenciano Farinós construida el año 1858.

Del adorno de dicho *paso* está encargada doña Ana Cano Manuel, viuda de Soto.

Precediéndole figuran 65 alumbrantes con *vestas* de color negro.

En dicha procesión también figura la imagen de Jesús Nazareno ante la cual forman 49 alumbrantes ataviados con *vestas* color morado, la Centuria Romana y la Convocatoria.

La M. I. Mayordomía de N. P. Jesús y la V. O. T. de San Francisco corren a cargo

de los gastos de dicha procesión, que organizada como antes se dijo en la Iglesia de San Francisco, termina en la de Monserrate donde quedan depositados los *pasos*.

Al toque de las primeras oraciones de la noche se trasladan en procesión desde la Catedral a la Capilla del Loreto, el paso que representa a Jesucristo en el Sepulcro y la imagen de la Soledad.

A las 8 de dicha noche se organiza en la Iglesia de la Cruz una procesión que costea la hermandad del Pilar y en la que figuran los siguientes *pasos*.

«El Lavatorio».—Jesús lavando los pies al príncipe de los apóstoles. Las esculturas son de D. Francisco Salcillo Alcaraz.

Se encarga del adorno de dicho paso don Andrés Pescetto Román. Preceden a aquel 30 alumbrantes con *vestas* blancas.

«El Prendimiento». — No hay seguridad respecto a quien sea el autor de las esculturas que forman dicho paso; creyéndose son de D. Francisco Salcillo o de su padre D. Nicolás.

Está encargado del adorno de dicho *paso*

D. Federico Linares y ante él forman 37 alumbrantes con *vestas* de color negro.

«El arrepentimiento». Notable escultura de D. Francisco Salcillo.

Del adorno de dicho *paso* ante el cual forman 19 alumbrantes con *vestas* de terciopelo color morado, están encargados D. Ascencio y Don José García Mercader.

«El Ecce Homo». — Las esculturas creen unos que son obra de Salcillo y otros de su padre.

Los herederos de Don José Juan Hernández están encargados del arreglo de dicho *paso* y ante él forman 19 alumbrantes con *vestas* de color negro.

A dicha procesión que recorre las calles de Santa Cruz, Príncipe de Vergara, Alfonso XIII, plaza de la Soledad, calle Mayor y de López Pozas, plaza de la Fruta, y calles de Sta. Justa y Santiago hasta la Iglesia de Monserrate, en donde quedan depositados los susódichos *pasos*, asiste la *convocatoria* y la Centuria Romana.

En la madrugada del viernes Santo se organiza en la iglesia de Monserrate, la procesión general que recorre las calles y plazas siguientes.







Calles de Santiago y Sta. Justa, plaza de la Fruta, calles de la Feria, Sta. Lucía, Sagasta, Tintoreros, San Juan, Alfonso XIII, plaza de la Soledad, calle Mayor, subida del puente, plaza de Cubero, calle y plaza de San Agustín, calle de San Isidro, plazas de la Constitución y Cubero, calle del General López Pozas, plaza de la Fruta, calle del Río, plaza de las Salesas y calle del Hospital a la plaza de Monserrate donde se disuelve la procesión.

Esta va organizada de la siguiente forma: abren marcha la bocina y clarines, el guión y las banderolas y después forman en el siguiente orden los *pasos* ya descritos.

«La Samaritana» «La Cena» «El Lavatorio» «La Oración en el huerto» «El Prendimiento» tras él forma la Centuria Romana, «La Negación» «El Arrepentimiento» «Los azotes» «La Caída» y «La Verónica.»

Sigue la convocatoria y a continuación

la Imagen] de [Ntro. [Padre Jesús a la que preceden unos cantores entonando el *Miserere*.

Siguen después «La Dolorosa» y S. Juan» «La Agonia» y el «Descendimiento».

A las 6 de la tarde se organiza en el Loreto la procesión del Santo Entierro que costea el Excmo. Ayuntamiento.

Figuran en ella los *pasos* siguientes: «San Juan» «La cruz de los labradores» así llamada porque la conducen los de este oficio: «El Sepulcro» y la «Soledad» que conducen dos turnos de señores titulados.

A dicha procesión asisten las parroquias con cruz alzada, Seminario, comisiones civiles y militares, el Ayuntamiento bajo mazas, la banda de música y los «Armados».

Recorre el siguiente itinerario.

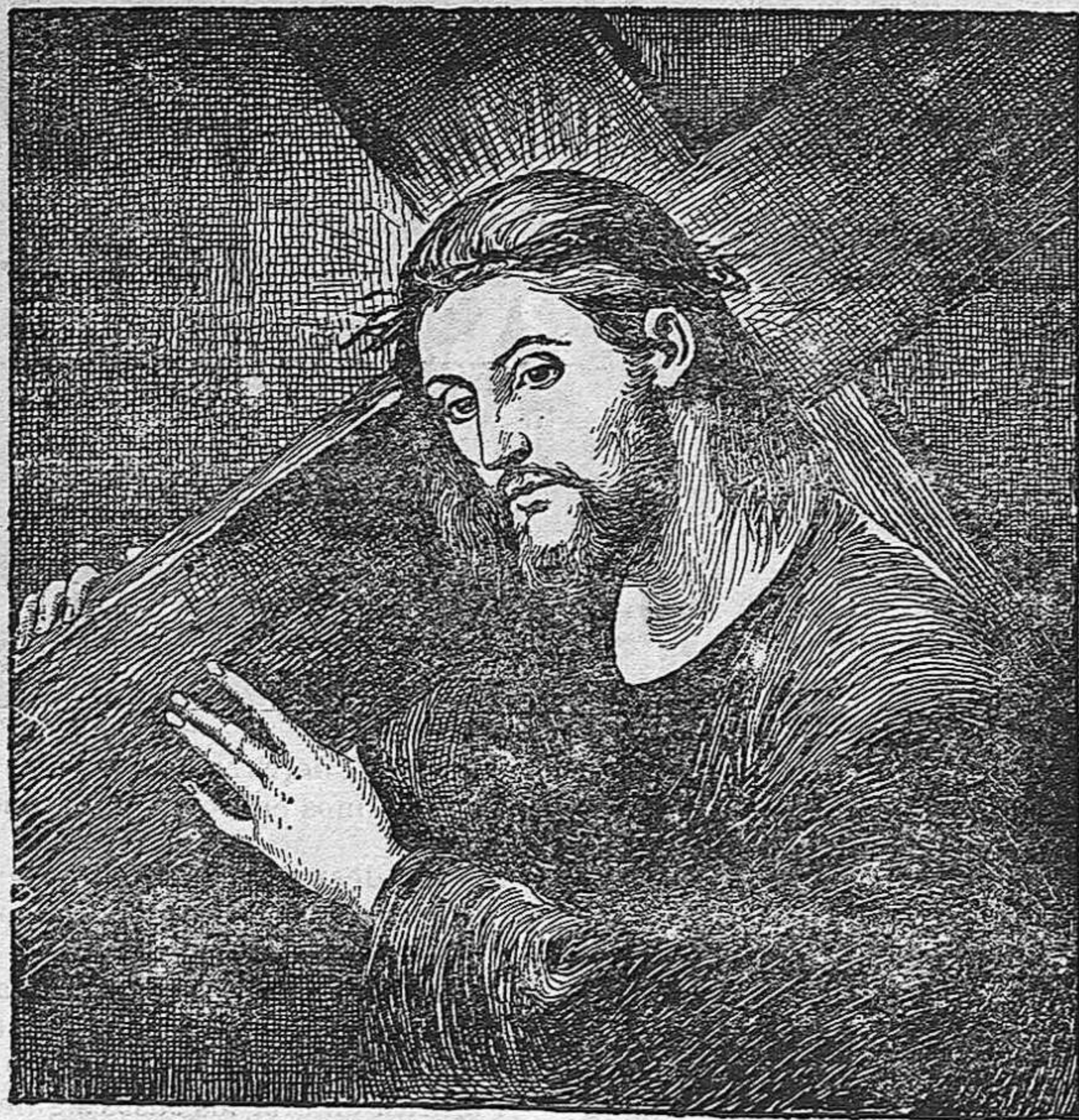
Calle Mayor, subida del puente, calle de San Agustín, plaza del idem, calle de San Isidro, plaza de la Constitución; plaza de

Cubero, calle del General López Pozas, plaza de la Fruta, calle del Río, P.<sup>a</sup> de las Salesas, entra por la puerta principal de Santa Justa y sale por la lateral, plaza de la Fruta, calle de la FERIA, entra en la Catedral por la puerta llamada de las «cadenas» y sale por la de la calle de la FERIA, calles de Sta. Lucía Sagasta, Príncipe de Vergara, Alfonso XIII, plaza de la Soledad, y calle Mayor para entrar en la Catedral donde se disuelve.

Como te digo al principio nada nuevo te he descrito lector amado, pues como buen oriolano, te sabes de memoria nuestras clásicas procesiones.

Pero en el trascurso de los años y si alguien introduce en ellas transcendentales variaciones, quede lo escrito como crónica fidelísima, de como antes fueron.

EL CRONISTA.



## En Getsemani

Una noche rendido, agobiado  
bajo el peso de enormes tormentos,  
muerto casi de pena y cansancio,  
desechando llevar por mas tiempo  
mi cruz onerosa  
de amargor sin cuento;  
una noche de angustias y penas  
como el mundo las dá traicionero.

invocando del Cielo el alivio,  
que encontrar nunca puede en el suelo,  
ví bajar a través del espacio  
un querube celeste, muy bello,  
que tomando mi mano abatida  
y sus alas de oro batiendo,  
me condujo a lejanas regiones  
do encontrará la paz y el consuelo.

Cruzamos los mares,  
detuvo su vuelo,  
y dejóme en la senda callada

de un jardín de verdores cubierto.

Derramaba la luna sus rayos  
blanquecinos, pintando en el suelo  
sombras mil de fantásticas plantas  
y de olivos, que alzaban añejos,  
sus troncos gigantes,  
sus copos espesos.

Nó se oía el más leve ruido,  
imperaba completo silencio,  
que a intervalos ropía la brisa  
arrullando las plantas del huerto

Sólo y triste vagaba a lo largo  
de estrecho sendero,  
sin saber qué pasaba en mi alma  
que moría de angustia y de tedio,  
sin saber porque el ángel me trajo  
a jardín tan callado y tan luego  
me dejó allí sólo  
sin más compañeros  
que el pesar que amargaba mi espíritu  
y el dolor que agobiaba mi cuerpo.

De esta suerte abatido, sentado  
en un banco de piedra muy viejo,  
por los rayos lunares bañado,  
vi venir del sendero a lo lejos  
la silueta de un hombre; observéle  
al pasar junto a mí; su cabello,  
cual dorada cascada abundosa,  
descendía su espalda cubriendo,  
sus ojos azules  
miraban al suelo,  
su frente espaciosa  
parecía un cielo,  
y de pena y dolor se observaba  
en su rostro grabado cruel sello.  
Con su larga túnica,  
con su manto hebreo,  
por mi lado cruzó y apenado  
se postró junto a un tronco, no lejos  
del lugar do yo estaba observando.

¿Quién será? —preguntéme— y se oyeron  
las palabras del ángel que dijo:  
«Es tu Dios, es Jesús Nazareno,  
que otra vez va por ti hacia el Calvario  
a llevar su pesado madero».  
En el suelo caí de rodillas  
y mis ojos atónitos vieron  
otro ángel radiante  
que ofrecía al Divino Cordero  
una cruz y un cáliz  
de amarguras lleno.

Vi el sudor que empañó su semblante,  
su agonía, su crudo tormento  
y después que brillaban antorchas  
no lejos del huerto,  
por infames sayones llevadas,  
que rugían cual lobos ambrientos.

Guiados por Judas  
prontos acudieron,  
y al grabar el discípulo ingrato  
en el rostro de Cristo aquel beso.  
prendieronle al punto  
y con El del jardín se salieron.

¿Dónde van?—pregunté—y a mis voces  
las del ángel celeste dijeron:  
«Por ti marcha Jesús al Calvario  
de la Cruz a sufrir el tormento».

Despertéme, el sol ya brillaba...  
recordé aquel sueño,  
y al Calvario seguí resignado  
con mi cruz al Divino Cordero.

I. ALBERT.





Un alarde de su poder, volviérale a la cima del favor popular; los Principes y los iletrados pedían la realización de un prodigio... y por que entendieron que no quiso o no pudo realizarlo fué por lo que saciaron en Él sus furoros.

Las maravillas de que el mundo se ufanaba quedaron eclipsadas por el portentoso monumento que su Poder eternizó en la cumbre del Gólgota y en la memoria de las gentes.

Carcomido por los siglos el templo de Efeso; Agostados bajo el sol del Mediodía los maravillosos jardines que colgó Semiramis; muerto el olimpico soterrado en Acrópolis ignota; Extinguido el lumínar que el genio de Sóstrates encendió sobre el jaspe de su faro; derruido entre la podre el Mausoleo, y hundido el Coloso que en Rodas labró Chares, y arruinado el portentoso de cheops... sólo la Cruz, maravillosa realidad, permanece enhiesta sobre los siglos, como un consuelo y una esperanza.

El afrentoso patíbulo que erigió el odio lo inmortalizó el amor con que la víctima Divina saboreó en él todos los dolores...

Al contemplar este prodigio tembló la tierra y palideció el Sol... Entonces los hombres vieron cuando ya era tarde el seilo de la Divinidad, en el despreciado Nazareno:

LUIS EZCURRA SÁNCHEZ.

## El Lavatorio

Y levantóse, y, quitándose el manto se ciñó el lienzo de enjugar a manera de esclavo. Vertió agua en el barreño; y postrose y tomó los pies del discípulo amado.

Pero Juan los encogía diciendo:

—¿Qué queréis, Señor?... Deja, deja Rábbi!— Y como Jesús insistiese con supremo mandato, Juan pasóse delicadamente la fimbria de la túnica por sus plantas, para entregárselas limpias de la tierra.

Todos se habían incorporado mirándoles. Y la sangre del de Kerioth criaba como

un humo de desgracia y de aborrecimiento viendo a Juan, pálido de dolor delicioso porque se le comunicaba a toda su piel la grandeza abatida del Maestro. Y tuvo congoja y se conmovió todo su cuerpo cuando Jesús, humillándose más, le besó los pies, todavía húmedos.

Rugió Pedro y derribóse en los tapices. Desde allí voceaba:

—¡Y tú Juan, y tú has consentido...!

Sonrió el Rábbi, y se puso delante de los hinojos de Judas.

Y palpóse Judas su rostro, porque sentía un ardor tan espeso que creyó que se le hinchaban las mejillas.

Y quiso también sonreír, y dobló su boca con gesto de sollozo.

Desde el suelo, le subía la mirada de Jesús, que le balbució muy despacio:

—¡Judas, Judas, aún padeces por mí!

El de Kerioth tragaba resollando un aire amargo.

Y el beso del Maestro quedó en sus pies como una brasa que le llagaba la vida.

Acercóse Jesús a Simón Pedro.

Y el apóstol se revolvió encrespado de una humildad hirsuta. Y miraba reciamente a sus hermanos queriendo que de él recibiesen su austera enseñanza en contra de Juan y de Judas.

Y por eso gritó:

—Nunca, Señor, lavarás mis pies! ¿La tierra y la podre de mi carne tocada por tus manos, Rábbi?

Mas, el Señor, levantóse grande y severo; y le avisó:

—Mira que si no te lavare no participarás de lo mío!

Entonces, Kefa doblóse muy dócil y medroso gimiendo:

—¡Señor: toma mis pies y mis brazos y mi cabeza, y toma mi alma para que la sumerjas en tu gracia! ¡Señor, Señor: no me apartes de Ti, que yo quiero ser limpio!

—¡Limpios estais; pero, no todos!— Y se contuvo Jesús. Y volviendo un poco la mirada añadió con palabras del Salmista:

—¡Conmigo parte el pan, el que ha levantado su calcañar para derribarme!

G. MIRÓ.

## La negación

Y Pedro dió un vivo repulso. Es que la esclava de la puerta, y un criado que se calaba la almocela de su sayo rígido le tocaban para avisarle: y Pedro sintió un frío húmedo como si le mordiesen salamandras.

—La vieja porfiaba:

¿No será éste de los que seguían al mal profeta? Y el habla del hombre, fonda, floja de aliento de pozo, exhaló:

—Bien piensas, que hasta hoy nunca vino: Del Rábbi piensas, que han cogido es éste.

Simón hizo una sonrisa Hinchada y movió las espaldas.

Ellos se juntaron con otros que encendían los carbones de un MANGAL, un brasero panzudo de cobre con asas de correas, porque en Jerusalem las noches de Nisán se bruñen de heladas, y en aquella era menester pasarla a la serena.

Crepitó la chispa, y se avivaron llamas breves y azules, y los rostros de los servidores se amorataban como la carne de los muertos, de muertos que se reían del advenedizo.

Pedro miró a lo hondo de las pilastras fronteras.

De allí salía claror y vocería; después silencio, un silencio de gentes ansiosas de bramura. Pasó, rápida entre todas la cabeza de Juan. Y Simón quiso ir; y apenas se movió notóse más torpe y acechado. Y no osando quedarse, ni escapar ni buscar al amigo, y ganoso de saber del Maestro, creyóse fuerte y se acercó a los que rodeaban la lumbre. Dentro del corro se ovilló, descansándose sobre sus calcañares; tendía las manos al brasero; miraba humildemente.

Y un viejo roído de viruelas, que tenía la barba de mechones y escabros como la piel de un morueco tiñoso, le preguntó:

—Viste ya a tu amo el Profeta? Mozo es ése Rábbi, y yo casi hiedo a tumba; mas, no cambiaría el tiempo de mi vida por el suyo.!

Y como el discípulo callase los otros le instaban:

—¡Mira que contigo habla!; De tu maestro dice.

Simón arrebatóse.

¿Mi Maestro? ¡no sé de El!

Pues tú galileo eres como toda su gente; y sino di; hamor (asno) y hamar (vino.)

Y que diga también: *tei okelld* (ven, yo te deré de comer) y *tokeliz*, (tu te darás de comer)

Y Pedro obedecía. Y todos gritaban: ¡Galileo, galileo es este hombre, que dice siempre hamor y tokelik porque su lengua se le aprieta ronca y pesada....

G. M.

## Consumatum est

Es el Divino Maestro quien habla desde aquella Cruz expiatoria, signo de infamia hasta entonces, y después símbolo de nuestra redención y ornamento de las propias grandezas humanas. Es la Majestad augusta, infinita, que con esta gran voz anuncia que se ha consumado el misterio de nuestra redención, que ha terminado la obra de treinta y tres años, cumpliendo el Hijo la misión que le confiara el Padre Celestial. Y las concavidades del monte Calvario repitieron el eco de estas santas palabras que deben resonar hoy en nuestros oídos, más que como exclamación de una suprema angustia, como terrible advertencia de la suprema justicia, porque nos ha de exigir estrecha cuenta de cómo hemos cumplido la misión que Dios nos ha señalado a cada uno dentro de los respectivos cargos y ocupaciones.

El hombre de estado, el magistrado, el sacerdote, el médico, el militar, el padre de familia, los poseedores de grandes fortunas, los harapientos y mendigos, todos hemos de escuchar constantemente esa potente voz como fuerte estímulo para el cumplimiento de nuestros deberes; de este modo podremos en los últimos momentos de nuestra existencia elevar nuestro espíritu al Dios justo, y decirle: Señor, he tenido flaquezas en las luchas de la vida; he sido derrotado muchas veces por mis propias pasiones y egoismos: pero me he levantado porque la infinita eficacia de tu pasión y muerte me dió alientos y energías, y con ellos he procurado el cumplimiento de tu santa Ley, desempeñando la misión que me asignaste. Todo ha terminado ya; *consumatum est*.

La naturaleza, estremecida, rindió sus homenajes a la muerte del Justo: doblemos nosotros también las rodillas e inclinemos nuestros cuerpos ante el lábaro santo de la Cruz del Redentor.

PABLO DE ARGOS.

# ECOS

PERIODICO SEMANAL

REDACCION Y ADMINISTRACION

ADOLFO CLAVARANA N<sup>ro</sup>. 25.

## PRECIO DE SUSCRIPCION

Orihuela un mes 0'60 Pesetas

Fuera, trimestre 2'00 id.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

A PRECIOS CONVENCIONALES



PERIODICO SEMANAL  
**Semana**

**Santa**



**1919**

Imp. de la L. Popular.—ORIHUELA